

Jesucristo¹

Enrique Shaw

La perfección para los discípulos de Jesús, consiste en imitar a su Maestro (Lc 6:40; Juan 13: 12-15; Juan 14:6).

¿Acaso las Sagradas Escrituras no nos repiten que todo, para nosotros, consiste en imitar a Cristo, en revestirnos de Cristo, en vivir, no más nuestra vida, sino la de Cristo? (Gal 2:20; Fil 1:21).

El objeto de este artículo, escrito sin pretensión alguna de originalidad o erudición, y sin querer dar por agotado el tema, es poner de relieve, plenamente y en todo su vigor, la persona y el carácter de Jesús, no para que copiemos escrupulosamente sus actos exteriores, sino para facilitarnos el esfuerzo de reproducir sus sentimientos, sus virtudes, su amor por Su Padre y por todos nosotros.

Quiera la Virgen Santísima, de quien Jesús recibe todas las características de Su naturaleza humana, bendecir esta semblanzas, para que contribuyan al mejor conocimiento y amor de Su Divino Hijo nuestro Modelo: Jesús.

Jesús a través de sus conversaciones

¿Quién de nosotros, por obligación o por placer, no emplea mucho -tal vez demasiado- tiempo en conversaciones con nuestros prójimos? En reuniones de familia, en la oficina, en la fábrica o en alguna reunión casual en un café, con frecuencia sostenemos una conversación. Y es que conversar, es una forma de expresar nuestra persona-

¹ Publicado en *Concordia*, Boletín de la Asociación de Hombres de la Acción Católica, Año XXII, N° 259, noviembre de 1954, tomado de "... Y dominad la tierra". *Mensajes de Enrique Shaw* (compilación de Fernán de Elizalde), El Álamo, San Rafael, 2022, pp. 201-206.

lidad. Jesús también conversaba con alguna frecuencia. ¿Para qué? Para que los hombres Le conocieran. Y aunque no nos hagan llegar el calor vivo de Su Voz, los Evangelios nos muestran la perfección de Jesús, también en este aspecto de Su Santa Humanidad. Más de noventa conversaciones nos hacen llegar y todas ellas muestran las pinceladas, naturales y geniales, del Artista Divino.

Conversaciones con sus amigos

En la primera Pascua, Jesús saludó a Sus amigos: “La paz sea con vosotros”. ¡La paz sea con vosotros! Paz y amor son la atmósfera propia de la amistad. Cuando hablaba de amigo a amigo, la conversación de Jesús abundaba en sentimientos de paz y de amor. Los discípulos, en el camino hacia Emaús, se dieron cuenta de ello: “¿No es verdad que nuestro corazón estaba ardiendo dentro de nosotros, mientras nos hablaba en el camino, mientras nos abría las Escrituras?” (Lc 24:32). Sin duda, la casita de Nazaret fue testigo de las conversaciones más sublimes entre Jesús, María y José. Las conversaciones en Caná reflejan el hogar feliz de la Sagrada Familia: “Jesús también fue invitado a estas bodas, como así mismo sus discípulos” (Lc 2:2). ¿Puede haber duda alguna de que en esta fiesta que, probablemente según las costumbres de la época dudó varios días, y a cuyo éxito tanto contribuyó con la oportuna transformación del agua en vino, Su conversación no habrá sido la adecuada, llena de calor humano?

¿Y qué decir del Sermón de la Cena, cuando abrió Su corazón a sus Apóstoles, llegando a llamarlos “hijitos”? No es posible apreciarlo en su justo valor, ni aún entenderlo, si no se tiene en cuenta la vivísima emoción de Quien habla como de quienes Le escuchan. Y es que, más que un sermón o un discurso, es un íntima conversación o coloquio, verdadero derroche de suave caridad que se transfunde del Corazón de Jesús, siempre llameante de amor, al Corazón de los discípulos.

En todas las conversaciones, Jesús de inmediato “ponía cómodos” a Sus amigos. Pero, cuando era necesario, también los corrigió y retó por sus faltas. Sólo uno resistió esos llamados de atención: Judas.

Conversaciones con sus enemigos

Y aún con él, Jesús fue considerado y conversó con mucho tacto. Ni siquiera cuando Judas dejó el Cenáculo para ir a consumar su traición, las palabras que Jesús le dijo, bien claras por cierto para el traidor, también lo fueron para los demás discípulos. Y cuando en el Monte de los Olivos, Judas se acercó para darle el beso que determinaría su prisión, Jesús, con gran ternura le contestó: “Amigo mío, ¿con qué objeto has venido?” (Mt 26:50). Aún a los corazones más endurecidos procuró Jesús ablandar con la conversación. Hizo bien a quienes le odiaban, y en cada conversación les ofrecía Su amor. Pero lo que ellos querían era Su vida, no Su amor.

Todos conocemos bien la escena provocada por los escribas y los fariseos, cuando presentaron una mujer adúltera a Jesús a fin de provocar en Él alguna frase que luego pudieran utilizar en su contra. Seguramente habrá habido entre los espectadores un intenso silencio, cuando le preguntaron si de acuerdo con la Ley no era rea de muerte. Y Él largó el desafío: “Que quien esté sin pecado tiene la primera piedra”. Nadie lo hizo y cuando Él quedó a solas con la mujer, le preguntó: ”¿Dónde están los que te acusan? ¿Ningún hombre te ha condenado?” “Nadie Señor”. “Entonces, Yo tampoco lo haré. Vé, y no peques más”. Luego de hacer retirar en confusión a los enemigos suyos y de la mujer, pronunció estas extraordinarias palabras, llenas de tacto verdaderamente divino, que ni aprueban el pecado ni condenan al pecador.

Fue en un tono de igualdad y cordialidad que Jesús comenzó la conversación con una Samaritana que iba a sacar agua del pozo de Jacob. Para salvar el alma de la mujer, dejó de lado todas las tradiciones judías de aquella época y, adaptándose a las circunstancias, comenzó hablando del agua, tema tan familiar y tan próximo como el pozo, para luego desarrollando adecuadamente la conversación, finalizar declarando que Él era el ansiado Mesías.

Conversaciones con los afligidos

Una y otra vez corazones ansiosos, en la presencia de Jesús, sintieron transformarse su estado de ánimo. No por nada el Evangelio es una palabra que en griego significa “buena nueva”.

Conversaciones sinceras y caritativas

Cuando hay sinceridad, la conversación nunca degenera en pura charla. Y menos aún cuando hay verdadera caridad. Los sermones de Jesús no eran más que conversaciones espontáneas, sencillas, sinceras y llanas. Nunca habló con pedantería y fue siempre con naturalidad que hizo llegar Su Mensaje de amor por Su Padre y por los hombres, hablándoles en su propio lenguaje de tal modo que, aún sus opositores, tuvieron que reconocer que “nunca hombre alguno ha hablado como Éste”.

Jesús, buen oyente

Pero la conversación es recíproca, no se puede mantener si no hay alguien que escucha. Nuestro Señor también supo ir con atención y simpatía los casos de alegría o de tristeza de la gente que le rodeaba que sabe escuchar demuestra inteligencia pues reconoce que hay un tiempo para preguntas y un tiempo para respuestas recordémosle cuando sentado entre los doctores estaba escuchándolos e interrogándolos (Lucas 2:46) quién sabe escuchar es también paciente Jesús demostró infinita paciencia con los apóstoles y con su obstinada esperanza en el triunfo terrenal del mesías y el que sabe escuchar aguantar al charlatán más aburrido no por lo que dice sino por el estado de ánimo manifestado por su conversación.

Conversaciones sobre el tiempo

¿Puede una conversación ser completa sin algún comentario sobre el tiempo? Si bien algunos grandes hombres han mirado con desprecio tan inofensiva costumbre, otros, como Chesterton, han visto “profundos y delicados motivos” para hablar sobre el tiempo. Como la lluvia o el buen tiempo a todos afecta, es un factor de igualdad, elemento éste que contribuye a la buena educación y por lo tanto hacer más agradable la conversación. Si bien las condiciones climáticas afectan el cuerpo, sin embargo introducen un factor espiritual, pues inevitablemente llevan a reflexionar sobre la herman-

dad de todos los hombres, dado que la lluvia sobre todo cae... En resumen: el mero comentario de “¡Qué lindo día!”, contiene todo un germen de camaradería.

Jesús habló del tiempo como prueba de la hermandad de los hombres, recalando con énfasis la Paternidad de Dios: “¡Amad a vuestros enemigos... a fin de que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace levantar su sol sobre malos y buenos, y descender su lluvia sobre justos e injustos!” (Mt 5:44-45).

Y eran sin duda “profundos y delicados motivos” los que tuvo cuando habló sobre el tiempo a los fariseos y saduceos: “Cuando ha llegado la tarde decís: ‘Buen tiempo porque el cielo está rojo’, y a la mañana: ‘hoy habrá tormenta porque el cielo tiene un rojo sombrío’. Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no las señales de los tiempos” (Mt 16:2-3). Y en otra ocasión, les hizo notar cómo “todo el que oye mis palabras y las pone en práctica se asemejará a un varón sensato que ha edificado su casa sobre la roca: las lluvias cayeron, las tormentas vinieron, los vientos soplaron y se arrojaron contra aquella casa, pero ella no cayó porque estaba fundada sobre la roca” (Mt 7:24-25).

Y así con descripciones vívidas, de escenas familiares a Sus oyentes, Jesús encontró un camino para llegar a sus inteligencias.

Es la palabra hablada de Jesús que continúa actuando. “No tenemos ninguna prueba -escribe Chesterton- de que alguna vez Él haya escrito alguna palabra, excepto con Su dedo en la arena. Se trata de una continua y sublime conversación.

Conclusión

Sigamos nosotros Su ejemplo, conversando con todos, sincera, sencilla, agradable y caritativamente, teniendo también presentes las palabras del Espíritu Santo por medio del Apóstol Santiago (3:1 al 12): “Hermanos míos, no haya tantos entre vosotros que pretendan ser maestros, sabiendo que así nos acarreamos un juicio más riguroso, pues todos tropezamos en muchas cosas. Si alguno no tropieza en el hablar, es hombre perfecto, capaz de refrenar también el cuerpo entero. Si a los caballos, para que nos obedezcan, ponemos frenos en la boca, manejamos también todo su cuerpo. Ved igualmente como,

con un pequeñísimo timón, las naves, tan grandes e impelidas de vientos tempestuosos, son dirigidas a voluntad del piloto. Así también la lengua es un miembro pequeño pero se jacta de grandes cosas. Mirad cuán pequeño es el fuego que incendia un bosque tan grande. También la lengua es fuego: es el mundo de la iniquidad. Puesta en medio de nuestros miembros, la lengua es la que contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la vida, siendo ella, a su vez, inflamada por el infierno. Todo género de fieras, de aves, de reptiles y de animales marinos, se doma y se amansa por el género humano. Pero no hay hombre que pueda tomar la lengua: incontenible azote, llena está de veneno mortífero. Con ella bendecimos al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a semejanza de Dios. De una misma boca salen bendición y maldición. No debe, hermanos ser así. ¿Acaso la fuente mana por la misma vertiente agua dulce y amarga? ¿Puede, hermanos míos, la higuera dar aceitunas, o higos la vid? Así tampoco la fuente salada puede dar agua dulce”.